

# Sexo, exilio y rock and roll

Ali Eskandarian

«El Kerouac iraní.»

*The Guardian*

«Una obra tan poética  
como salvaje. Un libro  
lleno de vida.»

*Literaturwelt*

«Un soberbio relato sobre  
la búsqueda del arte  
cuyos ecos seguirán  
resonando durante largo  
tiempo en nuestros oídos.»

*The Skinny*

Traducción  
Santiago del Rey



# SEXO, EXILIO Y ROCK AND ROLL

ALI ESKANDARIAN

TRADUCCIÓN DE SANTIAGO DEL REY

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

© Agencia de Ali Eskandarian, 2016  
© Nota a la edición de Faber & Faber: Lee Brackstone,  
2016  
© Epílogo: Oscar van Gelderen, 2016  
© Traducción: Santiago del Rey

© Malpaso Ediciones, S. L. U.  
Gran Via de les Corts Catalanes, 657, entresuelo  
08010 Barcelona  
[www.malpassoed.com](http://www.malpassoed.com)

Título original: *Golden Years*

ISBN: 978-84-16665-76-1

Depósito legal: B-25098-2016

Primera edición: febrero de 2017

Diseño de interiores: Sergi Gòdia  
Imagen del epílogo: © Adriana C. Sánchez, 2016  
Diseño gráfico de cubierta: © Anna Stowe Travel / Alamy  
Stock Photo  
Composición digital: Víctor Igual, S.L.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## NOTA A LA EDICIÓN INGLESA

Editar es un acto de comunión que a menudo, pero no siempre, adopta la forma de una conversación (sobre el papel, en la oficina o en un bar) entre el autor y el editor. El creador de un mundo ficticio se encuentra con el mediador encargado de mejorar y poner a punto su libro. Hay discrepancias y también concesiones. Un editor debe estar dispuesto a ceder cuando la autoridad que confiere la propia autoría así lo exige. Un autor debe mantenerse firme cuando las sugerencias que le hacen ponen en peligro la integridad de sus personajes e incluso la orientación moral de su novela.

Mi trabajo como editor de Ali no me puso en este brete. No hubo manchas de vino tinto de una botella descorchada sobre los primeros borradores del manuscrito. No pudimos festejar la satisfacción de la tarea terminada. Y, por supuesto, él nunca llegará a ver cómo remodelé, tensé y recorté su prosa cruda y visionaria. Lo que nos dejó Ali tras su trágica muerte, ocurrida en noviembre de 2013, cuando solo tenía treinta y cinco años, era el primer borrador de un libro rebosante de vida, amor y sexo, cargado con las ambiciones de la eterna juventud. Y *Golden Years*<sup>[1]</sup> fue tomando forma en la página y en mi mente como un acto de comunión con un hombre que había dejado este mundo y al que solo podría conocer mediante el espíritu de su libro y su música, a través de la huella que dejó entre quienes lo rodeaban, entre quienes amaban su exuberante personalidad.

La novela que el lector tiene en sus manos es, por tanto, un acto de amor en el nombre y en la tradición de las rela-

ciones editoriales situadas en las fronteras más extremas de la literatura. Quisiera creer que Ali hubiese aprobado las «mejoras» (así veo los cambios, no sin cierta inmodestia) introducidas en la estructura del libro; estructura que en el borrador era incluso más libre que en la presente versión. En buena medida he mantenido la prosa original de Ali. Las frases son el ADN de una novela y ya en el primer borrador de *Golden Years* resultaba evidente el talento de Ali para la composición literaria. Ese amor al lenguaje y a sus ritmos, así como la capacidad para captar el caos musical de la vida, constituyen el núcleo esencial que late en el corazón de este libro. Mis intervenciones se produjeron en el marco de una soledad poblada de ecos, pero en todo momento procuré imaginarme cómo habría sido nuestra conversación, cómo habría reaccionado Ali si hubiera vivido para participar en el proceso.

LEE BRACKSTONE

## SEXO, EXILIO Y ROCK AND ROLL

El avión en el que viajaban aterrizó hacia las seis de la tarde y todavía tardaron varias horas en llegar a nuestro apartamento, pero para entonces los recién llegados ya tenían aspecto de hombres libres.

—¿Qué tal una cerveza, caballeros? —propuse en farsi después de ayudarlos con sus maletas.

Ellos se sentaron en torno a la mesa de la cocina mientras yo sacaba de la nevera unas cuantas botellas bien frescas.

—¡Vuestras primeras cervezas en América! —grité.

Nos bebimos un par cada uno y nos fumamos un canuto antes de que se relajaran lo suficiente para hablar. Yo recordaba como si hubiera sido ayer el shock brutal de mi llegada a Estados Unidos, tantos años atrás. Ahora nuestros nuevos amigos estaban aquí y no iban a regresar a Irán, ya nos encargaríamos nosotros de evitarlo. Viniendo aquí, estos tipos, como algunos otros antes que ellos, habían arriesgado la vida por su arte.

—Habéis venido al sitio adecuado —les aseguró Koli—. Y ahora vamos a divertirnos.

Los llevamos a dar una vuelta por nuestro barrio, en Brooklyn, charlando todo el rato acerca de su viaje. La noche era cálida y soplaba la brisa. Las calles estaban animadas y llenas de gente. Por lo que yo había oído, la huida de nuestros amigos no había resultado sencilla. Los habían encarcelado y los soltaron justo a tiempo para marcharse.

—Eso está bien... la cárcel juega a vuestro favor. Facilita las cosas para pedir asilo —les dije mientras entrábamos en

un bar.

## BROOKLYN

A veces las respuestas te llegan cuando te encuentras en la boca de un gran cañón. Otras veces el catalizador puede ser el olor a colonia barata que desprende un taxista mientras perora sobre Mahoma y sus profecías. De lo que nunca quieren hablar esos tipos es de sus cuarenta esposas ni de por qué deberíamos creer que Dios le envió un intermediario a una cueva y le entregó el Antiguo Testamento y la Biblia, diciéndole: «Toma, hijo, ahora te toca a ti. ¡A por ellos!».

Allison nació en un volcán de la isla de Pascua. Fue un sábado, cuando todo el mundo estaba contemplando las estatuas. Ella es Aries, como mi querida madre. Hoy es domingo y Allison está preparando nuestro desayuno favorito: col rizada salteada con ajo, cebolla y champiñones. También gachas de maíz con mantequilla y jalapeños crudos, salchichas vegetarianas y rebanadas de pan integral.

Nuestro nuevo apartamento huele a verdadero hogar. El sol destella entre las persianas de madera y el aire acondicionado montado en la ventana despide aire fresco. En la radio suena Duke Ellington. Me siento un hombre realizado. Hoy es mi segundo día sobrio, y esta vez lo dejo para siempre.

—Te quiero, cariño —me dice ella sonriendo con esos ojos radiantes y llenos de vida.

El suelo tiembla cuando el metro sube o baja traqueteando por la Cuarta Avenida. Me acerco por detrás a ella, que está ante los fogones, la sujeto por la cintura, la atraigo hacia mí y la beso en el cuello. Ella gime de placer y se funde un momento en mi abrazo mientras baja el fuego de la



col rizada. Yo deslizo las manos hacia abajo y le aprieto las nalgas con ganas. Ella está removiendo las gachas. Sus minishorts dejan a la vista sus largas y tersas piernas. Me gustaría tumbarla en el suelo de madera de la cocina y examinarla de pies a cabeza, pero acaba imponiéndose el hambre que tengo. Hoy nos sentimos felices; ya llevamos así un par de semanas. Pasamos quince días deprimentes, sin sexo, sin hacer el amor en absoluto. La mayoría de los días yo me emborrachaba después del trabajo, así que cuando a altas horas de la noche ella llegaba del restaurante, yo estaba hecho polvo. No hay nada mejor el amor carnal.

Cuando nos conocimos, ambos merodeábamos por las oscuras esquinas de la noche, nadábamos por las frías aguas de la soltería en Nueva York. Yo me enamoré de ella en cuanto entró por la puerta con un compañero mío de piso y todo un grupo de gente. Aquello se convirtió enseguida en una fiesta. Tenía que conquistarla, pero debía hacerlo con cuidado. No puedes quitarle una chica a un amigo sin desplegar un poco de tacto y maniobrar con destreza. Al cabo de una hora de conocernos, los dos estábamos ciegos de coca y camino de emborracharnos.

Ella escogía bien las canciones; se había sentado y preguntó si podía ocuparse de la música.

—¿Sabes de quién es esta? —me preguntó con picardía.

—Claro, los 13th Floor Elevators. Fantástica elección — dije.

—¿Qué te apetece escuchar?

—Lo que tú digas.

Nos fumamos un cigarrillo a medias; nos lo pasábamos como si nos conociéramos desde hacía años. Estuvimos de fiesta hasta mucho después de amanecer. Luego ella se marchó con mi amigo y tardé un poco en volver a verla.

Todos se quedaban impresionados con el loft en el que vivía entonces; bueno, no es que viviera allí yo solo, ni que fuera tan raro que un montón de gente compartiera un loft

en Brooklyn, pero aquel era un sitio especial. Para empezar, estaba en una zona muy atractiva de Williamsburg, en Brooklyn. Yo había procurado mantenerme alejado de Williamsburg, pero tras un breve período de exilio en Texas, descubrí que la única posibilidad de vivir aquí era con media docena de personas, y muchas más entrando y saliendo a todas horas. El loft estaba en el único edificio antiguo que quedaba en pie en esa zona del barrio: un edificio que se alzaba entre la mortecina arquitectura reluciente y con aire altivo, como una montaña frente a la inundación.

Había que subir cuatro pisos por las escaleras. En la cuarta planta, una pesada reja de hierro daba acceso a un largo corredor con seis apartamentos tipo loft, unos más grandes que otros, pero todos lo bastante amplios como para albergar a más de cuatro personas. El nuestro era el mayor de todos ellos. Las vistas desde las ventanas eran espectaculares por sí solas, pero, además, a través de la ventana del baño podías acceder a una azotea del tamaño de un campo de fútbol que no solo ofrecía unas panorámicas totalmente despejadas de la ciudad, sino que contaba con un depósito de agua de quince metros de altura y con una chimenea de veinticuatro metros, ambos perfectamente visibles desde Manhattan si uno deseaba identificarlos. La fontanería era más bien chapucera, el agua caliente nunca salía del todo caliente. Al dirigirte a la cocina a prepararte un café, podías ver a un ratón saltando de un quemador a otro. Si enchufabas la tostadora, el edificio entero corría el riesgo de quedarse sin corriente, cosa que sucedía a menudo. Cuando los vecinos de arriba se movían por su apartamento, nos caía polvo en la cabeza como si nevara. No había forma humana de mantener aquello limpio. Aun así, en cuanto vi el loft supe que debía quedarme allí una temporada y volver a enderezar mi vida. Era un escondite espléndido, y yo me había convertido en una especie de fugitivo y necesitaba empezar de cero. Sin dirección, sin teléfono, sin conexiones con la gente del pasado. Apenas conocía a mis compañeros de piso, todos recién llegados de Irán,

músicos de rock que habían conseguido montárselo. Ellos me conocían de haberme visto en el canal Voice of America allá en Teherán, donde la señal se capta ilegalmente vía satélite. Todos estos tipos eran mucho más jóvenes que yo, pero eso no constituía un problema, no me sentía viejo. Al contrario, me sentía más vivo que nunca, y durante el año siguiente disfrutamos juntos de infinidad de juergas. Me cedieron un sofá donde dormir. Era pleno verano y hacía calor. Por aquel entonces yo tenía solo camisetas, dos tejanos, tres pares de calcetines y mis fieles botas negras de cuero. Apenas tenía dinero, ni ninguna oferta de trabajo. Pero era un tipo feliz. Aquellos chicos se portaban bien conmigo y, con el tiempo, me las arreglaría para compensarles su amabilidad. Mi primer bolo consistió en salir de gira con ellos durante dos meses para actuar como teloneros por todo el país. Recibiría a cambio trece dólares diarios para subsistir, un jornal muy escaso se mire como se mire.

El año anterior, durante el exilio que me había autoimpuesto en Nueva York, sufrí una especie de transformación. Había perdido la integridad y el equilibrio; me había visto en la necesidad de vivir de gorra, de dar sablazos. Mi carrera musical y la larga relación con mi novia habían descarrilado de forma repentina y abrupta, y de pronto me encontré viviendo otra vez en Dallas con mis padres y trabajando de camarero en un restaurante que servía desayunos.

Unos meses antes de que todo se derrumbara, mi sueño estaba en pleno apogeo. La cosa empezó a desmoronarse durante una pequeña gira por Inglaterra como telonero de un viejo y legendario cantante, mientras daba los últimos retoques a un nuevo álbum con mi discográfica y formaba parte de una especie de supergrupo. Pero el hedor a muerte lo impregnaba todo. Mi sueño se antojaba alcanzable y por ello resultaba tanto más doloroso. Hubiera sido necesario tragarse muchas mentiras para que la farsa continuara. Toda la historia estaba podrida de raíz. Yo no tenía lo necesario para trepar por la escalera.

*Quizá fueron las drogas y las visiones. Años antes, durante una alucinación psicodélica, me había sentado a la orilla de un gran río. Fluía tan poderosamente como el viejo Tigris o el Nilo, y se llamaba Río de la Creación Artística. Me di cuenta de que uno podía sentarse junto a ese gran río, meter un pie dentro, nadar en él, rezarle, atraer a la gente a sus orillas, pero no poseerlo ni ser su dueño, no cerrarlo con un dique o contaminar sus aguas. Uno debía protegerlo a toda costa. Como mínimo, igual que el gran Ganges, ese río debía seguir siendo un lugar sagrado, pues todos los ríos poderosos desempeñan un papel esencial en el ciclo eterno de la vida. Son los grandes conectores. Ellos te arrastran. Son un símbolo de la transitoriedad del universo, del flujo perpetuo, de la libertad suprema.*

Cuando me instalé en el loft sabía que lo más conveniente era guardarme la filosofía para mí durante una temporada y dejarme llevar por la corriente. Hicimos la gira, y no resultó fácil, pero a mí me gustó recorrer de nuevo el país. Después, de vuelta en Nueva York, dejé de cobrar mi paga diaria y, durante los tres primeros días, no comí gran cosa. ¿Ya no servía para este tipo de vida? Seguramente no. Es difícil alcanzar el equilibrio.

## MANHATTAN

Procuraré hablar despacio y con calma para que entiendas todo lo que voy a decirte, pienso para mis adentros mientras alzo la vista hacia Mana. Ella está sentada al otro lado de la mesa, de espaldas a la ventana, y me mira fijamente a los ojos. Su minestrone está muy caliente y el vapor se eleva hacia su rostro. Cuando me dispongo a hablar, una Harley Davidson con el depósito naranja se detiene rugiendo junto a la acera y me taladra el cerebro embarullándome las ideas. Observo cómo el tipo apaga el motor y desmonta.

—¿Y? —pregunta Mana—. Me estabas diciendo...

—Ah, nada, en realidad. Sí, ha habido algunas. ¿Y qué? Nada especial; en realidad no hay mucho que contar.

Sin que viniera a cuento, Mana me ha llamado esta mañana para ver si podíamos almorzar juntos. Le he explicado que estaba sin blanca y que tenía la pinta de un sonámbulo. Me ha dicho que me duchara y no me preocupase por el dinero. Yo me he alegrado de su llamada, necesitaba ver una cara familiar.

Cuando he llegado a Union Square, ya me esperaba sentada en un escalón junto a una de las entradas del metro de cúpula azul, con sus grandes ojos castaños brillantes de alegría. Nos hemos abrazado y besado varias veces. Siempre hemos quedado aquí, desde el principio de todo. Hemos caminado hacia el sur bajo el aire frío, fumando sus Camel de importación, antes de escoger este local de aspecto acogedor para comer.

—Continúa —me dice.

Empiezo a hablar. Mi plato de espaguetis humea y la fragancia de las alcaparras y las aceitunas verdes me devuelve a otra época, cuando mi padre era copropietario de un restaurante italiano de Dallas, el Sweet Basil Ristorante, en la esquina sudeste de Trinity Mills Lane y Midway Road.

—¿Una copa? —suelto de repente.

—Pensé que querías pedirla luego —dice con esa voz suya, dulce y maternal.

—Necesito algo que haga que mi corazón deje de latir a toda pastilla —digo, y trato de llamar la atención del camarero.

—¿Y pues? —pregunta Mana—. Estabas diciendo algo de esas mujeres.

Hago lo posible para explicarle lo salvaje que era todo aquello, lo poco preparado que estaba para arrastrarme por la pista de la carne, ese corredor monstruoso y dejado de la mano de Dios que queda entre el East River y la autovía Brooklyn-Queens, lleno de ninfas y milicianos modernillos, con almas, pollas y coños semisintéticos, bocas dispuestas a chupar, corazones de hojalata, gente que escupe veneno neurotóxico, millares de pollas y coños avanzando y retrocediendo al ritmo de las melodías de ayer y de hoy, secreciones sexuales por todas partes, babas, desperdicios, ratas, vómito, orines, una mezcla viscosa y desprovista de misterio.

Ella me escucha mientras se toma la sopa; observo lo mucho que ha mejorado en los dieciocho meses transcurridos desde nuestra ruptura. No quiero decir «mejorado» en un sentido positivo, sino que se ha endurecido lo suficiente para poder oírme hablar de otras mujeres. Cuando llega su turno, empieza a hablar directamente de su fallido intento por estar con un buen tipo, «un tipo normal», según su expresión. Un italoirlandés que vive con sus padres en el Upper West Side, antiguo compañero de instituto, desertor del ejército, bebedor empedernido y fumador compulsivo... Hasta ahí todo bien.

Se reencontraron en un funeral, empezaron a salir, una noche ella se quedó dormida en la cama del tipo y, cuando más o menos a las siete de la mañana se despertó, se lo encontró en la sala de estar esnifando coca con dos amigos suyos. Él le había jurado que no consumía drogas.

—Al menos, tú eres músico; él, en cambio, solo es un conductor de camiones cisterna en paro. ¿Tiene a una mujer desnuda en la cama y se pasa la noche con otros dos tipos esnifando coca?

Quizá en ese momento la polla no le funcionaba, pienso.

Después de un rato contándome historias, también ella está dispuesta a tomarse una copa y pide un Bloody Mary; yo pido una cerveza. Mi corazón dejar de latir desbocado en cuanto doy unos sorbos. Alzo la mano frente a ella para ver si los temblores han desaparecido y, en efecto, así es.

Al cabo de un rato nos terminamos los platos y las bebidas, ella paga la cuenta y salimos de nuevo al frío brutal. Me estoy congelando. Unas cuantas manzanas más y juro que voy a sufrir un shock hipotérmico.

—La estación está cerca, vamos —insiste ella.

Apretamos el paso, bajamos corriendo las escaleras, nos subimos a un vagón, encontramos un asiento y nos apretujamos muy juntos. Vamos a su casa, a nuestra antigua casa, donde todo acabó por desmoronarse: donde tratamos de aferrarnos desesperadamente a los restos de amor que quedaban entre nosotros, pero al final sucumbimos en las horas oscuras de una fría madrugada de octubre.

Salimos del metro en la calle 86, tomamos el bus hasta York Avenue, nos bajamos y echamos a andar hacia el sur. Ella entra en un súper a comprar un pack de cervezas mientras yo la espero fuera fumando. No me había acercado al Upper East Side desde hacía mucho tiempo, pero volver a pisar mi antiguo barrio no me afecta de un modo negativo. Este es el sitio donde Mana se crio, donde yo me enamoré de ella, una chica de veintiuno recién graduada y aún viviendo con sus padres, dinámica y confusa, perdidamente